



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

LA EDUCACION EN EL
KINDERGARTEN

De lo más pequeño puede surgir lo más grande, porque hasta la molécula invisible tiene señalado su papel en la vida.

Froebel.

La educación del niño es el gran negocio de la vida, porque el hombre sigue hasta la vejez el camino que empezó a recorrer en los primeros años, y el éxito depende del primero que va a abrir esa senda, si es consciente de la altísima responsabilidad que esta misión le confiere, y se lanza al campo de la lucha, con el ánimo de cumplir su deber y no viendo en su carrera el solo medio que le va a dar el pan de cada día, o que le hará subir los peldaños de la gloria y mucho menos aún, de acrecentar su fortuna; pues en cualquiera de estos casos, materializando toda su labor, echará por tierra, el noble ideal a que está llamado, defrau-

dando así la confianza de la patria y de la familia que le confían la formación de sus hijos.

que su mira primordial sea la plena satisfacción de la misión sublime que acepta, y para la que se ha preparado durante largos años de estudio: la de EDUCAR.

Y entrando ya de lleno y directamente en el asunto, atrévome a afirmar que esta sublime misión es antes que de nadie, de la Educadora de Párvulos, a la que con toda propiedad podemos llamar la jardinera, puesto que es ella, quien va a preparar la floración del jardín humano, depositando la primera semilla, en el alma infantil.

Por sus manos van a pasar los cimientos de las nuevas generaciones y por lo tanto, lo que ella siembre, será lo que recojerá en el futuro, -- la vida.

Y por consecuencia, su responsabilidad es -- tan grande, que no tiene límites, y tan trascendental, que va a perderse en la inmensidad de los siglos venideros, que cosecharán los frutos de esa floración.

Es la jardinera, la que va a preparar al --

hombre para que pueda desempeñar todas las funcio^{nes} a que está llamado en la vida, creando, o despertando, fortaleciendo, ejercitando, desarrollando o hermoseando todas las facultades innatas al ser humano, para el logro de su elevación, perfeccionamiento y felicidad.

La acción de la educación es tan intensa y benéfica, que ha sido comparada a todas aquellas que tienden al perfeccionamiento y evolución de la vida.

Por esto dícese que educar es crear o sacar algo de la nada. Puesto que al parecer, el niño, va a adquirirlo todo en la escuela, templo sagrado de la educación, aún cuando, en realidad, allí sólo saca a flote todo lo que tiene innato a su vida misma, para que sea llevado a su plenitud -- por la sabia y amorosa dirección de la educadora.

Ella va a despertar las facultades físicas, intelectuales y morales, que por la poca edad parecen aletargadas, y que constituyen en el niño, la naturaleza y la dignidad humanas, dándoles su perfecta integridad para que desarrollen su poder entrando en actividad.

La educadora va a ejercitar lo que está desaj

rollando, puesto que su fin no es solamente el trabajar ella, sino, trabajar haciendo trabajar. Su obra no es sólo de autoridad, sino que reclama la colaboración del educando en una espontánea docilidad.

Impone al niño necesariamente una serie de actos y esfuerzos; pero en los que ella al mismo tiempo lo aliente y entusiasma, lo dirige, va delante del educando y a la vez lo sigue; obra y lo deja obrar; en una palabra, lo hace concurrir eficazmente y por libre voluntad a su propia educación, y esta colaboración es tan necesaria, que un autor francés afirma, que sin ella, nunca se puede educar al niño.

Con sagaz tino, la educadora, fortalece todo brote de las fuerzas y aptitudes del niño, conforme van apareciendo, siempre que sean benéficas para su formación educativa, y modificando, si no es posible extirpar aquellas que tienden a obrar en sentido contrario.

Y al mismo tiempo que educa fortaleciendo, lo hace hermoseando, porque la educación, no es solamente para el hombre, una necesidad, una condi-

ción de existencia, es además un bello ornato.

La educación suaviza y embellece la naturaleza, extendiéndose en su obra de artista, al espíritu, al carácter, a las costumbres, y aunque parezca mucho asegurar, hermosa la virtud misma.

Pero para la jardinera, nada tan a propósito como considerar la educación como el arte de cultivar; y entonces trabajará a modo del inteligente y experto jardinero, que pone en buena tierra, la plantita que se le ha confiado; la riega con agua pura y abundante, arranca la mala hierba que daña su nutrición, la poda en tiempo oportuno, vigila con solicitud su crecimiento y desarrollo, ayuda y fomenta la eclosión de las flores y de los frutos,

Cultivará el cuerpecito con los ejercicios físicos, el espíritu con sus sencillas y verdaderas enseñanzas; cultivará el corazón con sus afectos y ejemplos, teniendo siempre presente que para que tenga éxito su obra, ha de ser emprendida de corazón a corazón, de espíritu a espíritu.

Poniendo así al niño en camino de poder cumplir lo mejor posible el destino de su vida, y e-

mancipa al hombre de las pesadas cadenas del prejuicio que lo atan a la tierra; porque ha inculcado en su alma virgen, al par, con las normas de vida, la pujante voluntad para cumplirlas, y lo ha preparado para encontrar en este deber cumplido, su anhelo de felicidad, puesto que lleva la verdad en el alma y la virtud en el corazón.

Mas para poder emprender con éxito su trabajo, necesita la jardinera, ante todo, conocer la tierra en que va a depositar la buena semilla que tiene almacenada para formar sus almácigos; porque de otro modo está expuesta a que se pierda y seguramente en su lugar arraigarán las malas hierbas, difíciles de arrancar en el tiempo de la siega.

En consecuencia, su primera tarea al recibir al niño, debe ser el estudiarlo detenida y separadamente, pues cada niño es un ejemplar bien distinto de los otros, por semejantes que parezcan, y por lo tanto cada uno requiere un tratamiento especial.

No quiero decir con esto, que en particular vamos a atender a cada uno en lo que su vivacidad está pidiendo constantemente, ésto sería un fracaso decisivo, como ha sucedido ya en donde no ha sido

entendida la escuela de la acción y que en nombre de la libertad individual, se ha dejado a los niños hacer lo que bien les parece, convirtiéndola así en libertinaje que produce los más desastrosos efectos.

Mi propósito es sólo indicar que la jardinera antes que educadora, debe ser psicóloga; y por lo tanto todos los primeros ejercicios que ejecute con el niño los dirija a conocerlo, haciéndole exteriorizarse espontáneamente, para poder después aprovechar esa manifestación de su propia naturaleza en la obra de su educación; vivificando su desarrollo, ayudando su capacidad, ya estimulando a unos, ya aumentando a otros ora aligerando a los de más allá.

Sus primeros estudios serán sintéticos, mientras el niño cobra confianza; luego, aun cuando por constituir el ser humano una unidad en espíritu y cuerpo, no debiera considerársele analíticamente, habrá de hacer lo así, para facilitar su estudio, extrospeccionando ciertos procesos que sobresalen en la consciencia en determinados momentos, observando al educando bajo tres aspectos, o sea:

1o.- en su naturaleza física, tratando de indicar su herencia, temperamento, actividad, desarrollo de

sus sentidos, etc., etc.

2o.-su naturaleza psíquica: intuición, raciocinio, juicio, memoria, fantasía, atención, sugestibilidad, hábitos, etc., etc.

3o.- el medio en que se desarrolla el niño: influencia de su hogar, ambiente natural, y social que lo rodea, sus juegos, etc., etc.

Más tarde obtendrá el perfil mental de sus alumnos; el que siempre tendrá a la vista, para poder actuar con firmeza y justicia.

Su fino tacto le hará, según las diversas circunstancias en que se mueva, hallar el mejor modo de efectuar dichas experiencias, sin que el niño se dé cuenta de que está siendo examinado, para que no pierda el bienestar moral y físico, para que ninguna emoción perturbe la paz de su espíritu y defraude el resultado serio y científico del experimentador. Es el sujeto el único que no debe darse cuenta de la investigación en él efectuada.

Conociendo ya a cada niño, la educadora trabajará con ellos como con quien son, es decir, como con ^{el niño} ~~ni~~ ~~ños~~, pues ha sido el error de la escuela antigua, al al niño al través del adulto.

" El gran descubrimiento del siglo es el descubrimiento del niño." (1)

El niño es un niño y nada más.

Y lo es sencillamente, porque él tiene su manera propia de ser, por su edad de equilibrio inestable y de movilidad, sometidos a un rápido desarrollo, que determina un estado dinámico, opuesto al estático del hombre formado; y de aquí la dificultad que tiene el niño, para fijar su atención en aquello que no representa para él un estímulo poderoso.

El niño siente aversión por todo lo que resulta muy regulado; porque él busca y necesita la armonía con su ambiente.

El necesita a la vez acumular energías, al parecer en el derroche de las mismas; y de aquí, lo que le se ha calificado de su constante travasura.

El niño, porque es niño, sonríe a la vida.

" Es tan hermoso el niño que sonríe ante la vida, expansionando el alma..." (2)

La jardinera que trabaja por vocación, ama a los dichosos niños que la rodean haciéndola participe de

(1) L. Gurlitt. La Educación Natural.

(2) Victor Hugo.

su alegría, borrando sus tristezas y disipando sus inquietudes.

Nunca será ella la que contrarreste esas expansiones encantadoras; y sí, la que evite toda frialdad, todo aspecto adusto, todo enfado y aspereza, en el trato con esos infantiles pajarillos.

Si sonríe con ellos, si muestra contento en su alegría, obtendrá grandes ventajas, en su benéfica labor.

El niño no ve el mundo como los mayores, él solo atiende a su interés personal, es egocentrista por naturaleza, y por lo mismo es incapaz de conocer el influjo que las pequeñeces ejercen; no aprecia más que el momento presente y se deja arrastrar instintivamente por su ansia de vivir.

De esto se originan conflictos escolares y hogareños, resistencias, omisiones, que muchas veces se conceptúan hasta como ingratitudes, calumnias de lesa-infancia!...., pues el niño siente más hondamente que los hombres, porque su corazón es virgen y tierno; aun cuando menos dolorosamente y persistentemente, en virtud de la ley providencial y misteriosa que equilibra las impresiones a la fortaleza del corazón.

Y sin embargo Goethe exclama: "Los niños sufren bastante antes de entrar en el mundo, no echemos más hiel en el caliz de su vida."

Con los niños es siempre más justa la indulgencia que la severidad. La educadora necesita entonces; te soros de indulgencia, que no es sino equidad.

Así como el jardinero distingue en cada planta - sus caracteres especiales, la jardinera los buscará - en cada retoño de su infantil vergel, y encontrará sin duda alguna, la personalidad de cada chiquitín; que ^{haya} ella será sagrada, pues le representa la forma y manera de ser de su almita, con su carácter y originales-inclinaciones; y entonces su obra de hada benéfica, é está en la prudente y sabia dirección integral del délbil ser, para guirlas de tal modo que al desarrollarse vayan cobrando una fuerza tal que constituyan ya - inmutablemente, su modo de ser; porque al educar al - niño hay que pensar en su ancianidad.

Tratar de sofocar en el niño las espontáneas manifestaciones, imponiéndole normas generales y hábitos que son propios de otro, es matar su personalidad. El deber es solo guirlas para que alcancen su perfec-cionamiento.

El niño, considerado como un miembro de la sociedad, es una esperanza de la familia, de la patria y de la humanidad misma; porque es el vástago tierno que un día se transformará en árbol frondoso que embriague con el aroma de sus flores y fortalezca con sus sazonados frutos.

Esperanza de la familia; porque será su honra y su sostén.

Esperanza de la patria y de la humanidad, que en el niño se renuevan, se rejuvenecen y se mejoran.

El Niño espues, un tesoro que la educadora recibe en depósito y del que ha de rendir cuentas. Un depósito que crece y del que ha de vigilar su engrandecimiento.

Un depósito inteligente que debe fomentar en la verdad; un depósito moral y libre que debe ejercitar en el bien.

Del conjunto de estos deberes, nace la fuente en la que brota la gran responsabilidad de la jardinera, y de la consciencia que de ella tenga, dimanar a la vez formación y felicidad del niño. Esta responsabilidad no debe atterrarla, sino alentar y sostener sus esfuerzos que aguilatan el valor exacto de su alma.

Bien penetrada la educadora, de su misión, es de
dir, plenamente convencida de lo que es la educación
que va a impartir a los niños, y a la vez plenamente
conocedora de lo que es el niño a quien va a formar,
le resta saber como lo va a educar.

Las leyes de la educación, según el pensamiento
de Federico Froebel, el gran apóstol de la infancia,
se refieren especialmente a la manera de dirigir y
considerar al educando; y se basan y deriban en este
fundamento: En el respeto y conocimiento de la natu-
raleza infantil y en el estudio del hombre en el niño
que es el objeto personal de la educación.

Y sólo así logrará el educador, dirigir acertada-
mente esa prodigiosa evolución que llamamos desenvol-
vimiento y en cuya virtud el germen del vegetal llega
a ser árbol frondoso, y el niño, hombre digno de este
título.

Como consecuencia de ésto, el niño debe ser interroga-
do para poder ser dirigido según la naturaleza de su
propio ser; puesto en posesión del libre empleo de
sus fuerzas, dando a su desenvolvimiento el espacio y
el tiempo que reclama; dejando que en este momento ma-
nifieste su individual vocación, sin esfuerzo extraño

que lo contrarié o ejerza presión sobre él; el educador debe espiar atentamente, este momento, pues de él depende en gran parte, el éxito de su labor.

Quando la educadora se convenza de la enormidad de las fuerzas de que llega provisto un p^ovulo a los cinco años y de la poca posibilidad de transformarle, y por consiguiente de que su deber no lo cumple tratando de modelar al chiquitín ^o el molde estricto de las leyes pedagógicas generales; o como ella quiere que sea, entonces adquirirá la fortaleza para desplegar su fecunda misión y el anhelo de verla realizada.

La vida busca a la vida. Por esto el niño tiende a la naturaleza, toda movimiento, luz y alegría, cargada de las energías que él tanto necesita.

Fues, aproveche la educadora esta tendencia, y (ed) eduque al niño en la naturaleza, haciendo que lea en ese libro de oro que en el cielo se escribió, que ame a esa vieja nodriza que le llevará en sus brazos, a regiones que solo ella puede explorar.

Y así el niño pronto tendrá la revelación de que en todo lo que existe hay un ser ansioso de revelarse. En los colores, en el suave perfume de flores en todo y todas partes, descubrirá esa fuerza creadora.

ra que preside el crecimiento de todas los seres.

Los fenómenos naturales lo llenarán de asombro y entre la embriaguez de luz y perfumes y el estupor producido por el estrépito del rayo y la magnificencia de la tormenta; con el germen de la ciencia, penetrará en su alma, el espíritu de reverencia y gratitud al Supremo hacedor.

Froebel expresa esta convicción, cuando dice: - "Los seres de la naturaleza forman una escala entre el cielo y la tierra, más sorprendente aun que la de Jacob."

El niño familiarizado con este ambiente, también llamará hermana, a la flor, a la gota y a la fiera y y amándolas como a tales, no destruirá el nido del a vecilla canora, ni arrancará la flor para pisarla.

Entonces la bondad innata a su vida misma, no será atrofiada para convertirse en crueldad.

El aprende práctica y alegremente que el animal y el vegetal, son seres más débiles que él y que necesitan de su ayuda y contraerá el hábito de la solidaridad que más tarde ejercerá con sus hermanos hombres. De este modo se consigue que el niño comulgue con las formas visibles de la naturaleza y adquiera noción de todas las ciencias, ya que cada

una de ellas no es sino una página brillante de aquella

El niño al unísono de las flores, crecerá feliz y lozano, sin que se le vea languidecer tristemente, aprisionado en la sala de clase, con las manitas inmóviles, la mirada vagando en el espacio, callado, ^{estampas de} temeroso, oyendo las explicaciones y mirando las flores y mariposas que le llaman al jardín.

El también es mariposa y necesita sol y miel, él quiere desplegar sus alitas; déjalo, ¡oh amable jardinera!

Sea tu lema el que fué el principal de las nobles y abnegadas maestras mexicanas, que lucharon hasta conseguir el establecimiento del Kindergarten en el Distrito Federal: "Aislados de la Naturaleza y de sus gozos, los seres humanos no llegarán nunca a ser hombres perfectos."

Pero el niño no debe crecer en la naturaleza como la planta salvaje, erizada de espinas y extendiendo su ramaje a sus anchas, sino que es aquí cuando se hace necesaria la atención de la cuidadosa jardinera; que con mano hábil y cariñosa, va enderezando todos los brotes, hacia el infinito, con las mismas estacas de sostén, que dejara, el gran amigo de los niños: ver

verdad pura, de libertad con ligaduras de amor, detenida, ya que el gobierno y la espontaneidad son hermanos gemelos que deben trabajar en perfecta armonía, en el desarrollo del niño; guiándole para que complete la dirección de sí mismo esto es, llevándolo desde pequeño a ejercitar el control de su voluntad, aun cuando sea en el sentido de sus inclinaciones naturales, pues de nada le servirán su inteligencia y su ~~voluntad~~ habilidad sin una voluntad poderosa para obrar.

La pasión misma necesita descargarse lo mismo en el hombre que en el niño y puede tomar dos caminos el del heroísmo o el de la delincuencia, y es la fuerza de la voluntad la que va a marcar alguno de ellos, según la primera educación en que se haya desarrollado.

En el Kindergarten froebeliano, modelo y principio de esta institución, se siente lo que pudieramos llamar el misticismo, que descubre ante el párvulo la inegable existencia del Absoluto, único poder de donde procede esa natura que él tanto ama y en la que tan feliz se encuentra; Esto no se lo enseña la maestra; el niño lo intuye y luego interroga; y es entonces -- cuando se le hace conocer que hay un Poder Supremo --

que todo lo hace sostiene y gobierna.

La educadora al dar al niño las orientaciones que juzga convenientes o las que el mismo pide, no debe olvidar que esa pequeña y débil creatura, que bebe con avidez sus palabras, es un ser perfectamente plagable, y que por lo tanto, lo que ella deposita, se graba indeleblemente y reacciona cuando la vida está en su estallente actividad, marcando su destino.

De aquí la urgente necesidad que sus enseñanzas, sean verdaderas, bellas y buenas constantemente. Si ella pone a sus capullos bajo la dulce protección de las tres hadas hermanas, Verdad, Belleza y Bondad, no da tiene que temer por ellos, al abrigo de esta sombra benéfica, se convertirán en fragantes flores, -- precursoras de ricos frutos de inmortal semilla.

Mas la misión de la educadora no es solamente la de educar; sino también la de instruir educando.

Y esto lo va a conseguir provechosa y fácilmente teniendo presente que en el Kindergarten no hay trabajo ni estudio; todo es juego agradable.

Y de esta manera se logra sin esfuerzo de parte del educando ni de la del educador, que el niño que - el estudio y el trabajo.

Para que el niño con gusto trabaje jugando, hay que conducirlo de manera que el mismo desee hacer aquello que va a hacer, y luego despertar y favorecer en él, lo más importante de su vida: Confianza en sus propias fuerzas y cualidades innatas, para cooperar al desenvolvimiento de sus energías naturales.

En los juegos de la infancia está como en germen la vida del hombre, porque en ellos se revela lo más íntimo de la naturaleza humana. Toda nuestra vida tiene su origen en aquella edad y la seriedad o la tristeza; la agitación o la tranquilidad, el éxito o el aniquilamiento de la existencia, dependen de los cuidados más o menos prudentes y acertados que con el niño se hayan tenido.

Nadie sabe cuanto se gana suprimiendo todo ese drama infantil de conflictos y reyertas y haciendo que el hombre entre en la vida con el recuerdo de una niñez placentera, que dará un hermoso sello a todos sus actos.

Si no se aniquila el espíritu y el cuerpo de los niños, si no se deforma su vida infantil, si se atienden las manifestaciones de su naturaleza individual, cuán rica y cuán fecunda será la vida del joven y --

del adulto.

Y es la educadora quien en gran parte va a conseguir esto.

Y cómo? Ante todo amando y haciéndose amar de los candidos bebés.

El niño necesita ser amado, porque su corazón es todo sensibilidad; porque su misma pequeñez y debilidad piden el calor del afecto; porque no abrirá su alma, no rendirá su voluntad y su corazón, sino en la medida en que se sienta amado.

Al sentirse identificado, su energía se multiplica y recibe la firmeza que conservará toda su vida.

Entonces, si el amor es recíproco, la maestra no tiene más que amar a los pequeños para ser amada; pero si no siente afecto por los niños que renuncie al cargo de educadora.

Una vez que la corriente de simpatía se establece, la jardinera puede estar segura de que su vergel florecerá, porque todas las tareas serán desde entonces fáciles para todos.

Ejercerá su autoridad sin ejercer (presión) presión pues el que sirve a los niños o la juventud, por amor sin pensar en el propio provecho, ese goza de verdadera autoridad.

La autoridad es un derecho, un deber, y una ciencia * en los que están encargados de la dirección de los -- destinos de los demás.

Pero esta autoridad tiene sus límites circunscritos por los juicios de la recta y prudente razón.

Esta autoridad únicamente ejercida por la jardinera, engendra inevitablemente, en sus tiernos pimpollos, el respeto, que unido al cariño forma un lazo de perfecta armonía entre ambas.

Una vez orientada la vida del Kindergarten por este -- sendero, el trabajo será un juego agradable y a la -- vez el juego llenará sus principios fundamentales; -- cuales son la dignidad del trabajo, representado en -- sus múltiples aspectos que el educando practica por medio de las construcciones, el trabajo de la vida diaria y las actividades de la naturaleza.

La instrucción debe ir unida al trabajo manual. Este es el único medio a propósito para fijar la -- atención de los niños.

Bien sabido es que cualquier estímulo sobre todo de color o sonido, atrae la atención del niño, y la actividad la fija.

Y es por esto que Froebel nos ofrece sus dones y

ocupaciones en las que el niño satisface de una manera íntegra, gradual y armónica su afán de construcción, destrucción e investigación.

El niño en el Kindergarten siempre ha de hacer algo útil, algo destinado a un fin; y debe siempre encontrar la oportunidad de producir y reproducir.

La mente del niño solo puede producir, excitada por la alegría del juego, por el estímulo de algo deseable para él, por la satisfacción del sentimiento de lo bello o de lo agradable que anhela alcanzar como resultado de sus esfuerzos.

Debe evitarse todo trabajo superior a sus fuerzas, pues el niño que trabaja con demasiada prisa, o en demasiadas cosas, trabaja mal y entonces el fruto morirá en embrión. Las fuerzas de las facultades mentales se debilitan y se compromete su integridad natural.

Se alcanza a veces un desarrollo prematuro que admira a todos y sobre todo halaga la vanidad de padres y maestros; pero con harta frecuencia se verifica la sentencia de Madame Sevigne: "Verdaderos prodigios a los 15 años y verdaderos necios toda su vida."

El niño no es un vaso que llenar, sino un alma

que hay que elevar.

La fatiga es una de las causas que provoca la -
indisciplina de la clase, por esto Froebel dice, que
" un niño racionalmente ocupado nunca se rebela. "

La disciplina no se obtiene en los niños, sino
por la armonía perfecta establecida entre la formación
de su espíritu y su cuerpo, la actividad simultánea -
de ambos.

La educación artística del niño no debe olvidarse
se en el programa de la jardinería, sus flores deben y
pueden ser cada día más hermosas.

En el Kindergarten, la educación artística, no -
tiene por objeto preparar formalmente a los niños a
que sean artistas. El artista nace no se hace. Su -
fin, como el de todas y cada una de las facetas de la -
educación es el de desarrollar integralmente todas -
las facultades y aptitudes del niño.

El niño trae la tendencia al arte. El sentimient
to de lo bello, hemos visto ya, constituye un estímulo
que despierta y fija su atención; un bebé que llora
acalla su llanto con el ritmo del arrullo maternal.

El usa su lenguaje como un medio artístico de -
exteriorizar el estado de su alma y no como un sistem

ma lógico de comunicarse.

La literatura está íntimamente ligada con el lenguaje y en el Kindergarten, por lo tanto no debe dejarse olvidada, tiene su asiento muy especialmente en el cuento.

Expresa también sus impresiones por medio del dibujo.

El niño no ve el mundo que lo rodea con los ojos del interés o de la ciencia, mira con ojos de artista, las cosas le atraen, le sorprenden, le gustan y trata de retenerlas y de imitarlas.

Y cuando el niño empieza a imitar, empieza a aprender.

La tendencia de imitación es algo poderoso en el niño desde su más tierna edad. El Kindergarten aprovecha eficazmente esta tendencia.

Por esto es que el buen ejemplo de la educadora tiene tanta influencia en el niño. El la quiere la admira y tiende a hacer todo lo que ella hace.

Su misma naturaleza impresionable y virgen hace que se graba mucho más fácilmente lo que ve que lo que oye; los razonamientos no lo convencen, su espíritu es recto, va ante todo al hecho.

Por esto dice el proverbio: "cuando la cabra salta la zanja, el cabrito va de detrás."

Y teniendo esto en cuenta la buena jardinera, a fin de lograr su intento de cultivo, debe llegar prudentemente y más que nada llena de estabilidad, hasta el hogar lleno de sus flor-citas, para que ha ser posible allí los niños no vean, no oigan, no sientan lo que los va a dañar.

La madre es la primera jardinera de la flor humana; pero ella por muchas circunstancias no puede cuidar sus plantitas con el esmero que merecen y entonces delega su responsabilidad en la segunda jardinera y si ambas actúan de común acuerdo el éxito será seguro.

Pues si en el hogar se cuida y dirige al niño convenientemente y al ser trasplantado al jardín infantil tiene la desgracia de tropezar con una jardinera que lo es no más de nombre, o por ineptitud o por olvido de sus deberes, el niño retrocederá en el sendero ^{que} la madre le había hecho empezar a andar; en el caso contrario el efecto es el mismo, pues si el niño se mueve en un ambiente inadecuado a sus necesidades físicas y morales, la maestra algo logrará; pero mucho --

quedará perdido entre la mala hierba hogareña.

Y como nada pasó por alto al iniciador de los jardines de niños, propone que éstos sean una continuación de la vida del hogar y la educadora como la buena madre con sus hijos, que canta, ríe y trabaja, en las faenas domésticas, en amorosa camaradería.

Y este es el primero y más dulce de los símbolos que se desarrollan en toda la etapa de la vida -- del niño en el Kindergarten, en todos los trabajos y especialmente en todos los juegos, el amante de la niñez, tomando idea de la pedagogía del Maestro de los maestros, usa el método atractivo y convincente de la enseñanza simbólica.

Por esto la que no ve en cada rosa del jardín una rosa del espíritu, no merece ser jardinera.

México, D.F. a de de 1934.

Margarita Méndez Quinard
Margarita Méndez Quinard.